

El otro lado del amanecer

Un solitario remedio que aparqué en la parte más oscura de aquel parking derrotado y que, a pocas horas del día, recibiría un sol abrumador, incitándome a cometer un gran error. Aquellos rayos solares inevitables terminarían quemándome, y yo sucumbiría a ellos, sin quedar más remedio que afrontar mi pena. La olla se llenó y mi cordura peligraba sobre la cuerda floja de mi paciencia, a la que cualquier experto trapequista que la viera se negaría completamente a subir. Pues el hilo de mis costuras era más grueso que la misma.

Una fiel mañana, tan prometedora como emocionante, del año ochenta y cuatro, desperté con un agotamiento angustioso, síntoma de una horrenda noche que pasé tragándome el deseo de que la velada en la que me encontraba pasara tan rápido como aquellas tardes de primavera en nuestra juventud. Volví a casa tarde, sobre las doce de la noche, y me tumbé en la cómoda cama que me había estado esperando tanto tiempo. No demoré ni medio segundo en traspasar aquella fase en la que no despiertas ni quemándolo todo a tu alrededor, y la paz que recorrió mi cuerpo en ese instante igualaba los deseos de encenderme un cigarro en un momento estresante. Caí sobre la cama, desplomando mi cuerpo contra ella, cerrando los ojos al vuelo y, segundos después, no fui capaz de enterarme de nada: el mundo se apagó y encendí mi descanso. Pero cuando el miedo aterrizó ante mí, mis ojos se abrieron y me encontré rodeado por el estrés y la desesperación.

Me levanté con los ojos llorosos, rojos como el mismo infierno, y un dolor de muelas terrible, causante de la noche anterior, en la cual había estado apretando los dientes continuamente, callando las verdades que nunca quise sacar a la luz, ya que esta misma empezaba a brillar como ninguna otra y acabaría por destruirme. Mi fe irradiaba odio; el odio que me producía no entender nada de lo que me estaba ocurriendo. Mis ideales

desaparecían con el tiempo, y eso significaba que terminaría sucumbiendo a ellos.

Salí de casa tras lavarme la cara y, con unas ojeras de búho, caminé con prisa por la madrugada, paciente de mi sangre. Los pasos se hacían notar en el silencio y destacaban entre el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles del camino, siendo lo único que podía escucharse a esas horas.

Aquella mañana reinicié mi saber, borrando todo lo anterior y adentrándome en la locura extrema, siendo guiado por el pequeño destello proveniente del final de aquel recto valle rodeado de árboles, el único foco de luz que me conducía entre lo oscuro que se había vuelto todo. Nunca abandoné a la esperanza; ella terminó por abandonarme.

Jamás hablé con mi pasado, tampoco me propuse un futuro bueno, pero el presente que viví me cambió y redireccionó mi vida por un camino.

Aún no sé si fue el correcto.

Llegué a mi destino. Aún amanecía, y los tonos rojizos de los rayos solares provenientes del sol atravesaban las nubes y alcanzaban el punto más alto del puente, haciéndose notar y llevándose el protagonismo en una lucha estética contra el paisaje, afortunadamente saliendo victoriosos. Distinguía su abanico de tonalidades, y el horizonte quedaba impregnado por sus colores, haciendo un contraste significativo con los amarillentos y rojizos. El fenómeno del sol asomando entre las montañas solo hacía que apaciguara los problemas y te olvidaras del resto de tu vida, centrándote en las expectativas actuales. Ese toque poético que sentimos cuando el amanecer se plasma delante de nosotros hace que rochemos la sabiduría, incrementando nuestro saber y liderando sobre nuestra mente la tranquilidad. No hay mayor sensación que sentirse en paz.

Pero mi misión no era esa.

Mi cara cambió gradualmente y mi anhelo por seguir observando el paisaje se extinguía, dejando la puerta abierta para el mal agüero y el destino que debía afrontar. Contuve mi tranquilidad; dicha volvió al parking de nuevo, y saqué de paseo a mi ira contenida, la cual me tiraba de la lengua continuamente, intentando hablar por mí. Cada vez que ocurría dicho suceso, una simple mueca de repulsión entraba en juego y despreciaba la situación que estaba viviendo. Un roce de desprecio para una aburrida e irritante conversación que escuché la pasada noche en la velada.

Muchas de las cosas habladas me parecían repugnantes, ni siquiera practicables o reales para nosotros. Lo que sí entendí de aquella noche fue que la soledad no lo es todo y que mi mente es capaz de entender algo que no podemos enfocar con simples pestaños. Para ello, la necesidad de encontrar a alguien es crucial y, si no se alcanza esa compañía, existen otros caminos que pueden llevarte a esa gloria y paz mental tan prometidas, cada una más arriesgada que la anterior. Supe desde el primer momento que terminarían convenciéndome con sus mentiras desgarradoras y que acabarían engañándome. Sabiendo esto, aun así, lo hicieron.

Salté la barandilla del puente y me senté encima de ella, con los pies señalando al río más profundo de nuestra ciudad, sujetándome con toda la fuerza de mis manos y aferrándome a la línea que dividía la vida de la muerte, intentando no morir antes de tiempo. Desconecté totalmente; mis ojos se cerraron con lentitud mientras mi artificial y calmada respiración trataba de bajar mis pulsaciones. Aquella situación me resultaba familiar. Despertó algo en mí, un viejo recuerdo que se asomaba entre los árboles de mi mente y silbaba a la lejanía para que mi objetivo se dispersara.

Mi curiosidad y frustración hicieron contener la motivación que lideraba mi fuerza para intentar indagar entre mis recuerdos y averiguar qué era lo que quería recordar. Me encontré en un bello río, a horas de la tarde, con el amanecer en resplandor reflejado en el agua y mis pies mojándose en ella.

De reojo alcanzaba a ver a mi padre, pendiente de la caña de pescar que había sujetado entre varias rocas, mientras intentaba repetidamente encender el mechero para prender uno de los puros que fumaba continuamente. Fue un solo instante en el que aquel recuerdo pasó por mi cabeza e hizo recapacitar mi decisión ya tomada. Mi destino estaba en juego, y un simple recuerdo acompañado de un largo suspiro no iba a cambiar nada. Así que continué.

Entre gritos que aumentaban por momentos y que por poco superaban las sirenas de los coches, me levanté. La brisa que pasaba por delante apaciguaba mi sobrepensar y sosegaba el nerviosismo que acumulaba desde la salida de casa y que había arrastrado durante tanto tiempo. Una horda de personas a mi espalda gritaba cosas que no quería entender, queriendo que no hiciera lo que me había propuesto. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, haciendo que diera un largo trago de saliva y, aún con los ojos cerrados, arranqué. El parking se iluminó; yo simplemente reaccioné ante él.

Mi deber era lanzar la minúscula gota de esperanza que recorría mis venas a aquel río y abandonar completamente mi mente para encontrar una nueva vida en otro lugar tan prometedor, al otro lado del amanecer.

Congelé el infierno, renegando cualquier indicio de suspensión, alcanzando la paz que siquiera rocé cuando parecía estar todo bajo control. Una persona que nota el vacío en su interior y lame la desesperación, sintiendo los pinchazos en la lengua, solo abarca tristeza, haciendo que su actitud sea capaz de congelar el mismo infierno. Se repite la situación, transformando la salida del laberinto en la entrada a otro, adentrando mi mente en un bucle y extinguiendo mis ganas de salir de él. Pues los diferentes obstáculos impiden que mi mente procese cualquier otra cosa, evitan mi concentración y se proclaman campeones ante mí. Les tengo miedo, pero el miedo no es respeto. Nunca hubiera podido escapar. Nadie puede hacerlo. Todo aquel que rechace su trato será condenado a un temeroso final.

Ahogué mi dolor junto a mi persona. Fue la única manera de escapar y hundir mis sentidos conmigo.